

CAPÍTULO SEXTO

LICHTENBERG, UN ILUSTRADO MINIMALISTA A MANERA DE EPÍLOGO

Para Carlos, mi hermano, autor de nuestros mejores aforismos jurídicos

Enrique Vila-Matas, novelista notable entre cuyos muchos aciertos sobresale una “Dublinesca”, embebida de liturgias, obsesivas y minuciosas, alrededor del autor del *Ulises*, y del *Retrato del artista adolescente* y de otros textos tan sempiternos como esos, resolvió consignar, recientemente y en vía de reseña,¹³⁵ la figura y la obra de Georg Christoph Lichtenberg, (1742-1799) (inspirado por Juan Villoro, fértil literato de noble prosapia). El alemán (ilustrado y rescatado por ambos) preocupado muy poco de asuntos jurídicos y problemas políticos, fue, en cambio, proclive al *estudio de las tormentas*, que describía y clasificaba tan minuciosa cuan estérilmente; sin embargo, muchos lo distinguieron encomiástica y asombrosamente: Kant, Thomas Mann, Freud, Nietzsche, Karl Kraus, Bretón, Goethe, Tolstoi, Kierkegaard, Wittgenstein, Jünger y Canetti, entre otros (por si acaso fueran pocos los enlistados) pues participó —como no podía ser de otro modo— de las preocupaciones y los enigmas comunes a esos

¹³⁵ Vila-Matas, Enrique, “El arte de no terminar nada (Lichtenberg)”, *Babelia*, núm. 997, de *El País*, núm. 12,108, del 14 de agosto de 2010. Ahí figura un retrato de Lichtenberg grabado por Strecker que mira al espectador con sus grandes ojos benevolentes. Tiene minúscula boca sobre la cual hay una descomunal nariz, coronado de una impecable *coiffure* con rizos a ambos lados de la cabeza y la consabida coletilla atada con un moño a juego con su casaca de terciopelo, su chaleco de muchos botones y la coruscante pechera que también sirve para abrigar su cortísimo cuello, retrato el que no se vislumbra, ni por asomo, su giba celebérrima, que le obligaba a escribir en el pizarrón de su cátedra con el rostro vuelto hacia los alumnos, que le miraban asombrados y le admiraban sobre todas las cosas.

ilustrados de los que hemos venido hablando, aunque lo hizo con tan singular estilo que resulta incomparablemente único y es por ello imprescindible. Bastaría con recordar que Lichtenberg ideó un cadalso más ingenioso y menos cruel que el de la guillotina, aunque fuera (hay que admitirlo con sinceridad) un tanto aleatorio, pues, a diferencia del artificio del Doctor Guillotine, que requiere del verdugo (y de la fuerza de gravedad) como agente mediato de la decapitación, el de Lichtenberg, *el cadalso provisto de pararrayos*, funcionaria casi sin intervención humana, bastando con conectar al reo a los hilos metálicos necesarios para “electromatarlo”. (Recomendábase, puede uno suponer, suspender el programa de ejecuciones durante los estiajes y, quizá se sugirió proveerse de mascarillas gratamente odoríferas y protectoras de las pestilencias que traen las chamusquinas). Esto, que bien pudiera ser mirado como cosa frívola y superficial y hasta del más deplorable humorismo es, sin embargo, algo más, cuando se le vincula con sus justamente celebrados (aunque contadísimos) aforismos sobre el derecho y el poder político, pues ahí muestra el afán enciclopédico, racionalista e inquisitivo idéntico al que alumbraron Diderot, Burlamaqui, Lardizábal (y Voltaire y Rousseau: la pléyade entera).

Por cierto, y adelantando respuestas a previsibles objeciones, sostenemos que el derecho y la política han de ser cocinados con diversos ingredientes: literarios, científicos, religiosos y hasta arquitectónicos, necesarios para dichas recetas sociales. Es así que Lichtenberg entra en este guiso, como el mejor condimento.

A fin de conocer algo de él, primero tiene que admitirse que fue fundador (con Sterne), de la risa contemporánea. Vila-Matas, al decir esto ha descuidado a Voltaire, que tuvo también lo suyo en esa cuestión, empezando por su célebre, marmóreo y sonriente rostro en la sede de la Comedie Francaise. El imprescindible, espléndido ensayo de Juan Villoro, máxima autoridad en la materia¹³⁶ y cuyos datos seguimos puntualmente en estas notas es de obligatoria consulta, gratísima además en razón de su feliz factura.

Lichtenberg nació el 1 de julio de 1742 en Ober-Ramstadt, y fue el último de 17 hijos de un pastor luterano. Después se convirtió en universitario, en la Gotinga de Hannover, protectorado de la corona británica

¹³⁶ Lichtenberg, Georg Christoph, *Aforismos*, selección, traducción, prólogo y notas de Juan Villoro, México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (la primera edición alemana es de 1902-1908).

y en cuyas calles había linternas en 1737, año en que se encendieron las luces de la flamante Universidad Georgia Augusta (así denominada por la elemental y poderosa razón del patronazgo munificente de Jorge II). Universidad “ilustrada”, joven, tan sedienta de conocimientos como ayuna de prestigio, pero dotada de una legislación garante de la libertad de cátedra y de publicación, que proscribía todo nacionalismo. Al cabo de 20 años y para sorpresa universal, se erigió en “la reina de las universidades”, ya muy distinta, por cierto, a la que mirara Lichtenberg, cuando arribó a ella entre cerdos fugados de sus corrales y el fango pestilente de sus callejuelas salpicándole inmisericorde.

En aquellas aulas, Lichtenberg asistió a (lo que era de rigor... casi de *rigor mortis*) lecciones de jurisprudencia, por lo que nuestros tópicos no le fueron ajenos del todo. Pero lo que de veras le atrajo fue la fisiognómica (aunque después le resultara aburridísima) motivado por la peluca excéntrica, siempre en equilibrio precario, de su profesor de matemáticas. También llegó al extremo de disertar sobre las relaciones de los números con la poesía, mientras se procuraba su sustento cotidiano borroneando versos para bodas (a cuatro táleros el poema serio y a 4.16 el satírico) y crónicas salaces, para su amigo de francachelas, Ljungberg (quien llegaría a ministro de finanzas en Dinamarca). A pesar de su precaria situación hizo burla cruel y gratuita, de un suizo ilustre, Lavater (famoso por sus estudios enciclopédicos y los enormes spykes de sus ascensiones al Mont-Blanc). Al final de sus días, Lichtenberg quedó persuadido de “lo imposible que es alumbrar con la antorcha de la verdad sin dejar de quemar una que otra barba”.

Salvación y alivio misericordiosos, en sus horas más amargas, fueron Shakespeare, el respeto inglés por la libertad de expresión, el placer de fumar pipa (“el máximo placer de las penumbras, después del besar”) y el arte de Hogarth, cuyos retratos de la sociedad mediana de su tiempo rezuman la ironía y el realismo que esplende al repasar los cuadros que conserva la National Gallery de Londres, sobre todo la serie de “Casamiento a la moda”. Es imposible no quedar cautivado por su pincel, muy del XVIII, sin santoral ni mitologías: burguesía sencilla, alegre, laboriosa y mucho muy rica, capaz de cubrir facturas pictóricas, escultóricas, literarias y musicales sin tanta ceremonia.

Imaginando el título para la inexistente compilación de su copiosa correspondencia, Lichtenberg definió el propósito y la esencia de sus escri-

tos: *Historia privada y pública del profesor Lichtenberg, que contiene toda suerte de observaciones sobre los hombres, las muchachas y los insectos, además de buena cantidad de reflexiones y disparates, decentes y groseros, sobre estos cuatro asuntos*. Siempre sostuvo que había ido a Inglaterra para aprender a escribir alemán, “boutade” que Villoro registra con indisimulado regocijo, que no oculta tampoco cuando describe su iniciativa para impulsar en su Alemania algo parecido a los balnearios ingleses, por cierto complicadísimos, propuesta que fue juzgada como la de un libertino voyeurista, siendo desechada de plano y sin mayores contemplaciones.

Su salud intelectual vacunó a Lichtenberg contra el *Werther* de Goethe y todo aquel insufrible y prosopopéyico *Sturm und Drang*: se hizo inocular en cambio y sin ninguna hesitación, del *Viernes* y del *Robinson* de Defoe y también de un anhelo imperioso por viajar a Tahití, lo que confesaba paladinamente a su compañero de aventuras astronómicas, el rey Jorge III, rigurosamente dedicado, por aquel entonces, a estudiar las fases de Venus y a enfrentar, desde lejos, a los independentistas del primer *Tea Party* de Estados Unidos, en un Boston levantisco, retobón e insurrecto que acabó por volverle loco.

Villoro ha descubierto la invención de Lichtenberg, genial aunque casi olvidada: *El Consejo de Decisión de las Cosas*, instancia para rectificar todo lo habido y por haber (por ejemplo, los muebles y otros enseres que fueron diseñados sin consultar nuestro parecer). Para el sabio, dicho consejo era sólo un punto menos importante que su *Laboratorio de electróforos*, en el que, además de mecanismos de factura, minuciosa y artesanal, había gatos frotables productores de las incomparables chispas “estáticas”.

Por otra parte, no deja de ser muy inquietante que Lichtenberg atribuyera su tragedia al hecho de vivir “no únicamente en *este* mundo, sino también en sus *posibles desarrollos*” y los del género jurídico y político, condensados aforísticamente, pudieran inmejorablemente cerrar “con broche de oro” el largo ensayo sobre la Ilustración y los derechos del hombre leídos con ojos del aciago vigésimo primer siglo nuestro.

1. Si hay libertad de pensamiento, uno se mueve con ligereza en un círculo; si hay control de pensamiento, aun las ideas permitidas llegan con gesto asustadizo.
2. Sólo disponemos de cuatro principios de la moral:

- a) el filosófico: haz el bien por el bien mismo, por respeto a la ley;
 - b) el religioso: hazlo porque es la voluntad de Dios, por amor a Dios;
 - c) el humano: hazlo porque tu bienestar lo requiere, por amor propio;
 - d) el político: hazlo porque lo requiere la prosperidad de la sociedad de la que formas parte, por amor a la sociedad y por consideración a ti.
3. El primer libro que habría que prohibir en el mundo sería un catálogo de libros prohibidos.
 4. Política experimental: la Revolución Francesa.
 5. El afán de sojuzgar a los súbditos es semejante al deseo de que las estrellas fijas giren alrededor de la Tierra, sólo para que ella descanse.
 6. ¿No es extraño que para uno de los puestos de mayor honor en el mundo (rey) no se pida examen, como se le pide a cualquier físico?
 7. Siempre sufro ante la inocencia torturada y no me refiero a alguien inocente que languidece en una mazmorra y será entregado al verdugo, ni a quien grita en una cámara de tortura, sino a la inocencia que es una forma maliciosa del ingenio y se conoce como “inocencia cultivada”...
 8. La libertad de los ingleses se distingue de la nuestra hannoveriana en que allá está garantizada por la ley y aquí depende de la benevolencia del rey...
 - a) Las mejores leyes sólo pueden ser respetadas y temidas pero no amadas; los mejores gobernantes, respetados, temidos y amados. ¡Que poderosa fuente de dicha para un pueblo!
 - b) La Constitución de Inglaterra le debe toda su solidez a la oposición que hay en el Parlamento. En cuanto los hombres están de acuerdo pueden hacer lo que les venga en gana...
 - c) La característica principal de la verdadera libertad y de su verdadera práctica es el abuso que se hace de ellos.

Estos y otros aforismos de Lichtenberg revelan finalmente y ante todo que las geniales mentes del XVIII lo fueron a causa de su curiosidad enciclopédica, europea y universal. La reforma jurídica y política subsecuente tuvo, como uno de sus más potentes motores y causas, este afán general por llegar a conocer *todo de todas las cosas*, la “pantofilia”, que

dijo Voltaire y que es la impronta distintiva del siglo ilustrado y sus hombres. ¿Pudiera, en consecuencia y visto lo anterior, vaticinarse fundadamente una reforma esencial, una inflexión histórica en nuestros temas, que se levanta ya en el horizonte y que habrá de surgir plenamente, más pronto que tarde, en virtud del despliegue tecnológico actual, de la diseminación global del conocimiento y de otros complejos factores? En todo caso, habría que preparar su advenimiento, lo que supone un esfuerzo tan descomunal como obligatorio. Diderot, Burlamaqui, Lardizábal, Lichtenberg y sus compañeros, seguramente habrían deseado participar en esta empresa; persuadidos de ello, los hemos convocado hasta el más allá pretendiendo, además, alcanzar su empíreo de tantas y tan refulgentes Luces, para continuar deslumbrados por ellos y para siempre.